



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

CAPÍTULO IX

AUTISMO, TRABAJO Y DIGNIDAD. LA BÚSQUEDA DE LA EXCELENCIA EN LAS PERSONAS CON AUTISMO

1. INTRODUCCIÓN

A fin de atenerme a las indicaciones que recibí al preparar esta ponencia y no excederme en el uso de la palabra, pasaré revista a continuación a las cinco cuestiones siguientes: dignidad inicial y dignidad-resultado; el trabajo como servicio a la dignidad humana; los efectos del trabajo en el desarrollo emocional, cognitivo y social de la persona autista; la búsqueda de la excelencia en la persona autista; excelencia y autorrealización personal de los autistas y no autistas.

2. DIGNIDAD INICIAL Y DIGNIDAD-RESULTADO

La dignidad es una condición de la persona humana, que no se subordina en absoluto a ningún código genético, a ningún potencial intelectual, sino que se dispone de ella sólo por el hecho de ser persona: toda persona tiene dignidad.

Esta dignidad se fundamenta en que cada persona es libre, un ser abierto por la racionalidad a un cierto conocimiento; que dispone de voluntad, lo que le permite elegir y - por no estar a merced ni determinada por las meras circunstancias -, ser responsable de los resultados y consecuencias de sus propias elecciones.

La persona, por consiguiente, se muestra como un ser irrestricto, al que le es permitido determinarse a sí mismo, al tiempo que determinar, entre diversas opciones posibles, lo que le conviene y por lo que opta; todo lo cual le permitirá querer y comprometerse con lo que hace.

Ha de afirmarse que los autistas son también sujetos de esta dignidad. Como sostuvo Kant, ninguna persona puede ser medio para ningún fin, ninguna persona puede ser un medio para otra persona; más aún, ninguna persona puede ser un medio para sí misma.

Esto significa que toda persona es un fin en sí misma y que no ha de utilizarse como medio para absolutamente nada. La persona, por su libertad, puede a veces equivocarse y hacer un uso erróneo o torpe de esa libertad. Por eso, la persona puede utilizarse a sí misma para otro fin distinto de sí, pero se equivoca. Desde este punto de vista, en modo alguno nos diferenciamos ninguno de los que estamos aquí de cualquier adulto con autismo.

El hecho de la dignidad es un hecho radical, que hay que respetar siempre y que en ningún caso se puede escamotear, reducir o amenguar, invocando déficits funcionales, o ciertos rendimientos comportamentales relativos tal vez a la capacidad para establecer determinadas relaciones sociales. Naturalmente que en la dignidad se puede crecer, pero siempre se tratará de un crecimiento relativo.

En la actual cultura, quizás tendamos en exceso a magnificar la dignidad humana, dependiendo de los resultados más o menos exitosos que obtengamos. Esto me parece que carece de fundamento. No se es más digno porque se sea más listo, por ejemplo, o porque se hayan escrito más libros, o se gane más dinero, se tenga más poder o se goce de más prestigio.

Una vez admitida la dignidad inicial, común a todas las personas, cualquiera que éstas sean, en tanto que «conditio sine qua non» para que toda persona humana sea ^{quien} ~~que~~ es, hay que admitir la posibilidad de un cierto crecimiento en la propia dignidad, dependiendo del uso que hagamos de nuestra libertad. La posibilidad de acrecer la dignidad humana no es sólo un derecho, sino también un deber: el deber que cada persona tiene, a partir de sus potencialidades de origen, de llegar a ser la mejor persona posible. Se trata, pues, de la dignidad como conquista, de la dignidad no dependiente de lo dado sino de lo hecho, de lo conquistado, de los resultados obtenidos como consecuencia del buen uso que se ha hecho de la personal libertad de elección.

La dignidad personal, entendida como dignidad-resultado, como autoconstrucción de la propia persona, como elevación del nivel intelectual, físico, social, etc., que cada persona lleva potencialmente dentro, es también posible para las personas autistas que, lógicamente, pueden crecer -y, de hecho, así se manifiesta en numerosos trabajos empíricos- en esto que he dado en llamar dignidad-resultado.

El referente constitutivo e intrínseco de tal crecimiento son las propias posibilidades personales, y no un patrón externo a la persona autista desde el cual se establece «a priori» tal crecimiento y con el cual la comparamos luego. No podemos actuar así porque, entonces, haríamos de la persona autista un medio al servicio de un fin (rendimiento).

Si la medimos por lo que rinde, entonces hemos subordinado la dignidad de su persona a un único valor: el rendimiento. Pero, como hemos observado ya, ninguna persona es subordinable a ese valor. Acaso estas observaciones puedan resultar un tanto exigentes para algunos, pero ello muy probablemente no será a causa de ellas mismas, sino más bien por el contraste entre estos obvios principios de antropología realista y el modo paradójico en que está organizada hoy la sociedad, tal vez sin la consideración y el necesario respeto al fundamento mismo de lo que es la persona.

3. EL TRABAJO COMO SERVICIO A LA DIGNIDAD HUMANA

Hay un texto clásico, que voy a transcribir aunque sea un poquito extenso, pues me parece que es pertinente para lo que aquí se plantea y para saber a qué atenemos.

El texto clásico dice así: «El agua estancada se corrompe, mas la que corre y se derrama por mil arroyos conserva su propia virtud. Hierro que yace ocioso, consumido por la herrumbre se torna blando e inútil, mas si se le emplea en el trabajo es mucho más útil y hermoso, y apenas si le va en zaga, por su brillo, a la misma plata. La tierra no se deja baldía, no se ve que produzca nada sano, sino malas hierbas, cardos y espinas, y árboles infructuosos, mas la que goza de cultivos se corona de suaves frutos. Y para decirlo en una palabra (...), se corrompe con la ociosidad y se

mejora por la operación que le es propia. Ya pues sabemos cuan es el daño de la ociosidad y el provecho del trabajo, huyamos de aquella y démonos a éste. Todos los males que han venido a la vida, de que muchos consideran como la máxima dignidad, no ponen la mano en sus propios oficios, como la suprema».

El trabajo es una de los factores más ineludibles e irrenunciables para aumentar y crecer en dignidad personal. Aunque sólo fuera por eso, habría que felicitar a los organizadores de este Simposium, puesto que si de verdad quieren *apoyar el empleo* de las personas adultas con autismo, tendrán que optar por el *empleo con apoyo*, condición exigida por estas personas para poder realizar sus trabajos. Repárese en que en eso les va a ellos su dignidad personal, pero también a nosotros, como observaremos al final de esta intervención.

Llegados a este punto, es necesario volver atrás y hacer ciertas consideraciones que parecen muy convenientes. ¿Qué relaciones se dan en el ser humano entre el ser, el tener y el hacer? Cuando se habla aquí del «tener» se está hablando desde una perspectiva filosófica; no se habla, por tanto, del tener-posesión, sino tan solo del tener en su sentido más radical, en el sentido ontológico: se está hablando del tenerse a sí mismo.

Lo más propio del ser humano es tenerse a sí mismo; eso es algo obvio, por cuanto es uno de sus supuestos constitutivos. Los animales, por ejemplo, no se tienen a sí mismos; la persona humana sí.

Tenerse a sí mismo significa ser más libre, poder gobernarse, tener autocontrol, poder conducir la vida entera hacia el destino que cada uno quiere. Si no nos tenemos, si no nos poseemos, entonces, no podemos decir que somos libres. Si hacemos lo que no queremos y queremos lo que no hacemos, no podemos decir que nos conduzcamos libremente. Por tanto, ser y tener - en el sentido a que aquí se ha aludido- se exigen mutuamente en la persona.

¿Cómo alcanzamos nuestro destino? A través de un cierto hacer. De hecho, cada uno realiza su vida en la medida que realiza cosas con ella. Es más, al hacer las cosas nos hacemos a nosotros mismos. Por ejemplo, un señor que durante ocho horas al día pone media suelas a los zapatos viejos, ¿será o no conocido como zapatero, al cabo de los años de reali-

zar esa acción? ¿Llamarían a esa persona zapatero? El hecho de poner media suelas - lo que él hace -, es precisamente lo que hace de él un zapatero.

Es decir, entre el agente y la acción hay una relación imposible de negar. Naturalmente, el agente es el que toma la determinación de actuar - y, por eso, la acción procede del agente -, pero a su vez, la acción reobra siempre sobre el agente que la realiza y, en cierto modo, configura y modaliza al agente en función de cuál sea la naturaleza de la acción realizada.

Una persona autista se va a configurar y modalizar en función de cómo sean sus acciones. Y esas acciones, en el actual contexto social, se conocen con el término de trabajo. El trabajo no es una acción cualquiera; es una acción sujeta a ciertas condiciones: una cierta rentabilidad, una relativa transformación del mundo, un modo de hallar solución a algunos problemas, en una palabra, un modo peculiar de contribuir a esa general contraprestación de servicios que nos debemos unos a otros.

Es importante que, brevemente, consideremos aquí dos circunstancias diversas: la de la persona autista que nunca ha podido trabajar; y la de la persona autista que sí ha podido trabajar. Las consecuencias en una y otra son muy diferentes y esto tanto para ellas, como para nosotros y para la sociedad entera. Pues, como Platón proclamó, «la inactividad prolongada alimenta los vicios».

No quiere esto decir que un autista que no trabaje tenga más vicios. Ciertamente que no, puesto que calificar con el término de «vicio» el comportamiento involuntario de absentismo de una persona autista no parece que esté muy puesto en razón. Pero sí es lógico que muchos trastornos de conducta se incrementen en la ociosidad prolongada. Muchos de los que estamos aquí tenemos de eso alguna experiencia. Por otra parte, también los nuevos aprendizajes que costaron sangre, sudor y lágrimas al autista y al terapeuta pueden extinguirse en condiciones de ociosidad.

A lo que parece, no hay más remedio que el autista siga con su trabajo adelante. Pues como decía un ilustre médico, conocido de todos, «la inactividad debilita el cuerpo, el trabajo lo robustece. Aquella da una

vejez prematura, éste una larga juventud».

¿Por qué se ha sostenido aquí que el trabajo sirve, contribuye y potencia la dignidad humana? Porque toda persona viene a este mundo con muchas perfecciones; las personas autistas también. A veces juzgamos mal, porque sobrestimamos - mediante nuestra atención selectiva -, las áreas deficitarias de una persona autista y nos olvidamos de considerar las cualidades positivas que también tiene, por lo que nuestras expectativas acerca de esa persona y de su futuro se transformarán en algo muy negativo, a pesar de su escasa fundamentación.

Lo mismo acontece con el sesgo profesional de algunos médicos, por cuyo defecto, hace que casi siempre apunten más a lo que de negativo hay en cada paciente. Es éste un error que hay que rectificar, pues con tan importante sesgo es imposible que ejerzamos bien la medicina.

Antes de tratar de ayudar a un autista a resolver sus problemas, es preciso fijarse en los elementos de apoyo de que dispone para, apoyándose en ellos, hacerse fuerte y facilitar su solución. Si no consideramos las cosas positivas que cualquier persona autista siempre tiene, es muy difícil que solventemos los problemas y dificultades con que se encuentra.

El autista también tiene perfecciones. La primera de ellas, es la de ser: es infinitamente mejor ser autista que ser nada. Pero junto a esa percepción radical acerca de lo constitutivo del propio ser, dispone también de otras muchas y muy valiosas perfecciones, pues quizás sea una persona que no habla, pero acaso no manifieste conductas autolesivas; o tal vez sea capaz de abrirse a la comunicación cuando se le entrena con la estrategia más conveniente; trabaja fuerte, o a lo mejor dispone de una habilidad psicomotora especial de que carecen las demás personas y, por eso, es un genio construyendo puzzles.

Esas perfecciones, como aquellas de que disponemos nosotros, no son perfectas por el solo hecho de que vengamos al mundo con ellas, sino que, generalmente, están en apenas un estado incipiente. Por ello han de ser consideradas como perfecciones perfectibles, es decir, que son perfecciones que hay que desarrollar, que hay que perfeccionar más y para eso está la vida.

En la vida lo que debiéramos hacer, lo que podríamos hacer, si qui-

siéramos, es tomar todas las perfecciones con las que venimos a este mundo y hacerlas crecer. Son, pues, perfecciones perfectibles, cuyo crecimiento tiene además muchas consecuencias positivas.

Si una persona nace, por ejemplo, con 5 puntos de simpatía y a los setenta años se muere con 5.423.617 puntos, lo que ha hecho en su vida es crecer en ese valor. Por contra, si nace con 5 puntos de simpatía y se muere con 1 punto, ha perdido por el camino 4 puntos y, por tanto, su perfección inicial que era perfectible, se ha transformado en una perfección defectible, es decir, en algo defectuoso, en un defecto.

Aquella perfección inicial de que estaba dotado - era el regalo, lo que se le había dado -, se ha convertido al fin en un defecto, en una imperfección (lo conquistado, lo no recibido). Si ese defecto ha sido libremente buscado y elegido a lo largo de la travesía de la vida, lo que ha hecho esa persona es disminuir el valor de la propia simpatía inicial. Su comportamiento es, pues, una conducta negligible, y tal vez culpable y, por tanto, punible. Y es que a todos nos afecta y nos atañe el que una persona se muera a los setenta años siendo muy antipática. Si, por el contrario, hubiera alcanzado ese gran valor en simpatía, a que me refería antes, todos nosotros nos hubiéramos enriquecido con ese acrecerse de su simpatía.

Esas perfecciones perfectibles, de que disponemos todas las personas, sean autistas o no, tienen también otra consecuencia importante: que son perfeccionadoras del medio en el que estamos y, por ello, también de todos. He aquí un sólido fundamento, por el que nos sentimos urgidos y forzados a tirar de todos los autistas hacia arriba.

Hemos de buscar el bien de cada persona, tratar de que cada una de ellas sea, en sí misma, la más perfecta posible. Esta es la forma de robustecer y vigorizar el tejido social, de contribuir más y mejor al bien común, en definitiva, de hacer que todas las personas sean más felices.

4. LOS EFECTOS DEL TRABAJO EN EL DESARROLLO EMOCIONAL, COGNITIVO Y SOCIAL DE LA PERSONA AUTISTA

El trabajo nos pone en contacto con lo más valioso que hay en el mundo, que sin duda alguna son las personas. De aquí, que la mayoría

de las relaciones «tú-yo», que pueden generar un «nosotros», están amasadas por el trabajo. El aprendizaje de cualquier trabajo está también entreverado con las relaciones interpersonales.

Esto es lo que permite que se haga un buen uso de la empatía, lo que satisface y hace posible que se dé la compasión. Esto es lo que permite que la afectividad sea más madura, crezca, se desarrolle, se manifieste y exprese mejor, y se comprometa más y sintonice mejor con los demás. A todo esto tiene derecho cualquier persona; el autista también.

Si el autista no trabaja es muy difícil que luego sea capaz de transvivirse y llegar a comprender la vivencia emocional del otro. Esto no es emotivismo, sino pura educación, un derecho inalienable, que no debe frustrarse, y que hay que satisfacer.

¿Cómo va a reconocer la persona autista las emociones de los otros o a expresar las propias, si no se abre al otro, aunque sea a través de una relación mediada a causa del trabajo? Precisamente, porque el trabajo media las relaciones humanas, nunca será indiferente ni neutro. El trabajo es una realidad. Lo que hacemos no nos resulta indiferente porque, entre otras cosas, lo queremos o lo odiamos.

Hay muchas personas en la sociedad actual (el 68% de la población activa, según los resultados obtenidos por ciertos investigadores), que trabajan en lo que no les gusta. Para algunos de ellos, esto es como «estar condenado a galeras», porque en esas circunstancias, el trabajo realizado no nos hace mejores; lo que hacemos nos deshace, y en vez de hacernos a nosotros mismos nos deshacemos.

El trabajo que hace un autista tiene que contribuir a hacerle y rehacerle. Ha de *rehacerle*, porque a través del trabajo sus déficits tienen que ir superándose. Ha de *hacerle*, porque hay otras muchas de sus potencialidades que todavía no han sido puestas en acto y que emergerán con su ayuda.

Lo que en ningún caso estaría justificado es que el trabajo que realiza una persona con autismo contribuyera todavía más a deshacerlo. Y esto con independencia de que haya también personas no autistas que el trabajo que realizan, infortunadamente, contribuya a deshacerlas, a pesar de que sean libres y de que no estén afectadas por ningún déficit.

Lo mismo sucede respecto del desarrollo cognitivo. Todo trabajo implica y supone la implantación o el acrecerse de un montón de habilidades y destrezas (instrumentales, atencionales, perceptivas, motoras, madurativas y otras muy mal estudiadas como las asociaciones visoverbales, audioverbales, etc., en las que el lenguaje, la vista, el oído y la atención se concitan en esa actividad), cuyo conjunto integrado constituye una actividad muy compleja que podemos expresar con el término de desarrollo.

Cuando el trabajo media esas relaciones interpersonales, el propio trabajo deviene en eje de referencia que aglutina y hace que a su alrededor se ensamblen las diversas modalidades sensoriales y los aprendizajes, integrándose todo a un nivel más alto. Por contra, esto no es lo que sucede - o sólo acontece a un nivel más modesto -, a pesar de la terapia, en los adultos autistas que no están vinculados a un trabajo concreto.

Algo parecido sucede respecto del desarrollo social de los adultos autistas. La realización de cualquier trabajo implica casi siempre la comparecencia y el desarrollo de ciertas habilidades sociales. En cualquier actividad laboral, hay que saludar, hay que expresa satisfacciones y/o frustraciones que, generalmente, se comparten; en cierta manera, a través del trabajo se comunican cosas, incluso aunque sólo sea a nivel físico y gestual.

Importa aquí recordar que lo que no se comunica no se comparte, y lo que no se comparte no une, y lo que no une aísla. Por contra, casi siempre que se comunica algo, se comparte más o menos aquello que se ha comunicado. Cuando no se comparten las cosas, porque no se comunican, suelen generarse problemas. Esto es importante saberlo.

Hay también programas de entrenamiento en que, por ejemplo, se preparan a los adultos autistas para la primera entrevista que han de realizar a fin de encontrar trabajo, lo que deberíamos considerar ya como *un trabajo para el trabajo*.

Por último, adviértase que el trabajo tiene una acción transformadora de la realidad. Esa acción transformadora de la realidad resulta también autotransformante para el que le ejecuta. Un niño autista que aprende, por ejemplo, a servir café, con sólo realizar muchas de esas habilidades

se están enriqueciendo, además de acrecerse su personalidad y desarrollarse su cuerpo. Sin esta actividad que está realizando no mejorarían muchas de sus destrezas y de las posibilidades que tiene.

Un día encontré en una excursión un viejo lema, tal vez un tanto heráldico, en una pequeña aldea de Castilla, que decía así: «Salus lado fae virtuten, sola virtus fae honore», sólo el trabajo engendra virtud, sólo la virtud engendra el honor.

Dicho de una manera más simple: toda persona quiere ser útil, nadie quiere ser inútil, nadie quiere ser un estorbo para los demás. Hay muchísimas personas que lo que más les cuesta en su vida es que tengan que ayudarles, dado que no se valen por sí mismas; esto es también un poco lo que sucede en los autistas adultos.

También el autista quiere ser útil. Y lo será en la medida que transforme el trabajo en virtud, en óptimos hábitos de comportamiento, bien arraigados, que le hagan crecer. Cuantas más virtudes laborales se tienen, más honor tiene esa persona, más honra, mayor crecimiento de su dignidad personal.

5. LA BÚSQUEDA DE LA EXCELENCIA EN LA PERSONA AUTISTA

La excelencia - contra lo que pudiera pensarse - no es un resultado del etiquetado social que en una determinada coyuntura histórica se hace de cada persona, en función del dinero que gana, del poder de que dispone o del prestigio alcanzado.

La búsqueda de la excelencia, el experimentarse a sí mismo como una persona excelente, tiene que ver - y ruego se me perdone esta metáfora tal vez abusiva- con la «plusvalía», con el valor añadido de que tanto hablan los economistas.

A lo largo de la vida, en cada persona algo se añade o se resta a lo que ya valía: se produce un cierto valor añadido/restado. Por lo general, una persona suele valer más cuando se muere que cuando nace; de lo contrario, es que no ha hecho nada con su vida o, sencillamente, ha hecho un mal negocio. Si no fuera así, ¿cómo una persona podría hacerse a sí

misma?

Emerge ahora el tema de la *solidaridad*, cuyo mayor énfasis - en el problema que aquí nos ocupa- se pone de manifiesto en el *empleo con apoyo*. Apoyar no es otra cosa que contribuir a que las personas adquieran un mayor nivel, una cota más alta de excelencia personal. Es que acaso si algunos de nosotros contribuyésemos con nuestro trabajo a que una persona autista fuera más excelente, ¿no nos haríamos por ello más excelentes?

Si actuando como causa, uno genera un buen efecto en otra persona, ¿no participará la persona y se recobrará, acaso como tal causa en el efecto que ha producido?

Es preciso ser muy realistas en la rehabilitación de los adultos autistas. No hay que cansarse, no hay que «tirar la toalla», no basta con la *paciencia*; es menester la *constancia*, es decir, hay que jalearse a las personas, hay que motivarlas. Pero, que gane el terapeuta en paciencia y en constancia, ¿no suponen ya un importante crecimiento en su excelencia personal?

Al mismo tiempo, una persona autista que trabaja estando motivada se convierte en la mejor motivación para que su terapeuta le siga ayudando de forma eficaz. Cabe admitir así un cierto paralelismo, casi un encadenamiento causal, entre la automotivación de las personas que trabajan con los pacientes autistas y el nivel de motivación de cada una de las personas autistas.

En este punto, hay que animarles de continuo y no cesar de motivarles, para que no acontezca lo que sucede en algunos segmentos del sistema educativo y es que la desmotivación tiene sus raíces como un cáncer maligno en la educación de los hijos; en la formación para el trabajo en equipo; en las relaciones entre compañeros, etc.

Es preciso cambiar de estrategia: en lugar de detenerse y atender sólo a lo negativo, hay que decir a cada alumno que vale más, que ¡tú puedes más! Que tú puedes ir más arriba; y, por eso: no te pares, no te detengas, corre, avanza, progresa.

Esto es lo que hace que los autistas mejoren. Basta seguir el consejo que, al parecer, se atribuye a Buda: «Persevera en tu empeño y hallarás lo que buscas. Prosigue tu fin sin desviarte y alcanzarás tu empeño. Com-

bate con energía y vencerás”.

Esto hay también que decírselo a las personas que trabajan con adultos autistas, antes que decírselo a los autistas. Y es que, en ocasiones, desfallecemos también los terapeutas y nos damos a la tentación de abandonar, o consideramos que es una futilidad, una estupidez, una gigantesca estulticia humana el dedicarnos a una tarea tan ingrata y tan poco eficiente en sus resultados.

6. Excelencia y autorrealización personal de los autistas y no autistas

La libertad, una condición ineludible de la persona humana, es un don espléndido, por cuya virtud cada persona tiene la vida en sus manos para hacer con ella lo que le dé la gana.

Por eso ninguna vida humana se puede vivir por encargo de otro, ni al dictado de lo que otra persona nos sugiera. Entre otras circunstancias, porque hay el deber ineludible de hacerse cada uno a sí mismo, haciendo lo que realmente quiera hacer.

Nadie puede hacer - por el modo en que hacemos las cosas -, que seamos lo que no somos. Nadie nos puede sustituir en la hechura cotidiana de nuestra vida. En esa hechura, en ese diseño podemos llegar a un punto más alto, más bajo o intermedio; todo depende de lo que hagamos con nuestra libertad personal. Por eso se entiende también muy bien que la libertad sea algo de cada uno.

Esto, que es verdad, no constituye, sin embargo, toda la verdad. La libertad es para que cada uno haga son su vida lo que le dé la gana. Pero la libertad es también interdependencia con las vidas y libertades ajenas.

Por eso, puede afirmarse que todo lo que yo haga, en alguna manera, les atañe, les afecta, les interpela; y todo lo que ustedes hagan, a mí me atañe, me interpela, me afecta.

Supongan el caso de una persona que, por ejemplo, trabaja como psicóloga con adultos autistas. Como es libre y tiene mucha inteligencia, y con su inteligencia puede hacer lo que le dé la gana, no pone todo el esfuerzo necesario para que las personas autistas con las que trabaja vayan hacia arriba.

La inteligencia - qué duda cabe - es suya, y la libertad también es suya - faltaría más -; pero el que los autistas con los que trabaja no lleguen a

un nivel más alto, eso no es de ella, eso es de los autistas y de las familias de los autistas. La libertad era suya, la inteligencia era suya y el esforzarse todos los días en el trabajo es algo que puede o no hacer.

Las consecuencias de ello, sin embargo, no son suyas sino de los otros (de los autistas, de su familiares y de la entera sociedad). Lo cual manifiesta que, aunque siga siendo libre y determine cada día lo que le dé la gana hacer, no debiera olvidarse nunca de que las consecuencias de lo que hace nos concierne y afecta a todos.

De aquí que, en este asunto del trabajo y de *apoyar al trabajo*, de los autistas - al menos, desde la perspectiva de sólo los indicadores economicistas -, no se vea la pertinencia de que una persona valiosa, inteligente, joven, con ganas de trabajar y motivada, se dedique a «empujar» a otras personas que casi no disponen de motivación alguna, que están afectadas por graves problemas cognitivos y emocionales, que no tienen comunicación alguna, que apenas si usan de su rudimentaria conducta verbal... Es posible que alguien se cuestione acerca del «negocio» que está haciendo esa persona joven. Pues, bien, a pesar de todas estas y otras paradojas, ¡lo está haciendo! Y eso, por encima de que cada persona esté llamada a autorrealizarse en la vida - también los terapeutas -, puesto que no sólo constituye un derecho sino también un deber.

Pero uno no se autorrealiza alcanzando grandes cosas y, luego, autoexaltándose por ello, pues eso no sería otra cosa que duro y puro narcisismo. Y el narcisismo en lugar de autorrealizar, empobrece.

Uno se autorrealiza en la medida que contribuye a que los demás, con nuestra ayuda, se autorrealicen. Dicho de otra forma: como el centro de cada persona está siempre fuera de ella, una persona estará tanto más centrada, cuanto mejor asentado esté su centro fuera de ella. De aquí que la autorrealización y búsqueda de la excelencia personal presuponga este natural «excentricismo», que consiste en darse a los demás, en encontrar el sentido de la propia vida, precisamente, en abrirse a quienes más lo necesitan.

Lo propio de la persona es estar descentrada, lo propio de cada persona es que su centro sea menos relevante que los centros significados por las personas que le rodean.

La puerta de la felicidad personal se abre con una llave, pero nadie dispone de la propia llave que abre la puerta de su personal felicidad. Esta llave está siempre fuera de nosotros; la tiene siempre otra persona distinta de nosotros. Y no arrancaremos la llave de las manos de la otra persona, si primero no nos damos a ella.

¿Cuánto cuesta un gramo de felicidad? ¿Dónde poder conseguirlo? Trabajar con los adultos autistas ayuda a ello. Y es que como decía un clásico del siglo XVI, «porque no hay ninguno sin defecto, ninguno sin carga, ninguno es suficiente para sí, ninguno es cumplidamente sabio para sí».

Esto manifiesta que la libertad humana es pura interdependencia. Hay incluso trabajos como este, relativo a los autistas, en los que se observa cómo una familia funciona mejor, tiene más cohesión, se adaptan mejor sus miembros, sencillamente, a causa de los déficits del hijo. Tal vez si no existiera ese hijo con déficit, esa familia estaría ya rota.

Nadie sabe cómo acabará su vida, ni quién le atenderá cuando no pueda valerse por sí mismo. Pero esto, ciertamente, antes o después llegará. Y hasta es probable que lo que hagan *con y por* nosotros, sea algo análogo a lo que nosotros hicimos *con y por* los demás.

El trabajo por el que ustedes están luchando, constituye una pelea digna, legítima, algo que les honra y - si cabe- aumenta la dignidad de cada persona autista, de las personas que les ayudan, de la entera humanidad, de cada uno de cuantos estamos aquí reunidos.

El trabajo que ustedes realizan habría que sazonarlo con las ilusiones y los sueños. Trabajar con adultos autistas, codo con codo, no es sino ayudarles a fabricar sueños con el tejido de sus respectivas vidas. Y si ustedes consiguen ayudarles a fabricar esos sueños, es harto probable que las vidas de muchos de ustedes acaben por identificarse con los sueños que ellos construyeron. Vale la pena, pues, seguir trabajando hoy para que tal vez mañana ellos dispongan del *empleo con apoyo* que tanto precisan.